

Fernando Cubides

Reseña de "Memorias de un soldado cubano: Vida y muerte de la Revolución" de Dariel Alarcón Ramírez
("Benigno")

Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, núm. 32, 2005, pp. 327-331,

Universidad Nacional de Colombia

Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=127113735014>

ACHSC
ANUARIO COLOMBIANO de HISTORIA SOCIAL
y de la CULTURA

*Anuario Colombiano de Historia Social y de la
Cultura,*

ISSN (Versión impresa): 0120-2456

anuhisto@gmail.com

Universidad Nacional de Colombia

Colombia

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

www.redalyc.org

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Alarcón Ramírez, Dariel (“Benigno”). *Memorias de un soldado cubano: Vida y muerte de la Revolución*. Barcelona: Lumen&Tusquets Editores, 1a. edición en español, 1997, Colección Andanzas; 3a. edición en español, 2004, Colección Fábula. 360 páginas. Título original en francés: *Vie et mort de la révolution cubaine*.

Fernando Cubides

*Profesor Titular, Departamento de Sociología
Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá*

Sobreviviente. Así de escueta es la definición final que la editora de estas memorias ofrece del personaje que las relata. Parece evocar la manera en que se definía uno de los protagonistas claves de la Revolución Francesa para resumir los méritos de su propia participación: el Abate Sieyès, cuando la misma había terminado su ciclo histórico: “Sobreviví” (“*J’ai vécu*”). Y es que, por lo visto, tratándose de revoluciones, haber participado en una de ellas, y haberla sobrevivido, es ya un mérito formidable.

“Benigno”, el nombre de guerra con el que figura en el diario del Ché en Bolivia; o Dariel Alarcón Ramírez, como figura en el pasaporte francés como asilado político; o Dariel Roselló Ramírez, como debería haberse llamado este hijo de militar español y criolla cubana, si las circunstancias no lo hubiesen separado de sus padres en la primera infancia; es pues, ante todo un sobreviviente.

Condición que impresiona más si se tiene en cuenta que al triunfo de la Revolución no inicia un ascenso en cargos de responsabilidad política, pues su analfabetismo sumado a una ingenuidad campesina –guajira– se lo impiden, sino que es asignado a las misiones más difíciles para las que ya fuere Camilo Cienfuegos, o el Ché Guevara, o el propio Fidel, lo consideran especialmente dotado dada sus cualidades de hombre de guerra, probadas desde las primeras acciones en las que toma parte. Su hoja de vida habla por sí sola: haciendo parte del núcleo original de la guerrilla en la Sierra Maestra, forma la columna “Maceo” que, comandada por Camilo Cienfuegos, avanza hacia a Occidente siendo la primera en entrar a la Habana; participa seis meses en el batallón cubano que combate por la liberación de Argelia en 1961; se infiltra primero y participa luego en la posterior persecución y exterminio de la guerrilla anticastrista que muy temprano, en 1963 y en la Sierra del Escambray, quiso derrocar al régimen. Luego va al Congo con el Ché en 1965; después a Bolivia, donde también está bajo las órdenes del Ché hasta el día en que a éste lo toman prisionero y lo matan, logra retirarse y huir atravesando gran parte del territorio boliviano hasta llegar a Chile (con una herida de bala infectada y con los *rangers* del ejército boliviano siguiendo su rastro muy de cerca). Estuvo en Perú en 1968 en misión secreta con Velasco Alvarado; de nuevo en Bolivia en 1969, en el segundo intento guerrillero

del ELN de los hermanos Inti y Coco Peredo. Y finalmente, Angola, donde bajo las órdenes del general Arnaldo Ochoa, participa en algunas de las batallas más importantes tanto contra los guerrilleros que quieren derrocar el régimen izquierdista de Agostinho Neto (a cuyos dirigentes, Holden Roberto y Jonás Sambivi, él mismo había ayudado a formar en escuelas especiales de Cuba) como contra las tropas surafricanas a los que los cubanos hacen retroceder más de 100 kilómetros después de una batalla entre ejércitos regulares en toda la regla (Cuito Canavale) y donde también presencia los síntomas de descomposición e indisciplina propios de todo ejército de ocupación. Los mismos que más adelante le valdrán a Ochoa su juzgamiento y ejecución sumaria, en célebre proceso. Después, ya en su período más tranquilo antes de su exilio, miembro del batallón especial que tiene a su cargo la seguridad de Fidel Castro.

Siguiendo el relato de sus acciones de guerra hay otro adjetivo, muy utilizado por García Márquez, que le viene a la medida: montaraz. Las duras experiencias de su infancia campesina en la Sierra Maestra y el perfecto conocimiento del territorio, que hacen de él un guerrero instintivo y, ya desde su primera acción, de visos heroicos, llama la atención de Camilo Cienfuegos, del Ché, de Fidel. Leyendo las primeras páginas se entiende bien por qué Camilo Cienfuegos y el Ché se lo disputan a la hora de planificar las acciones y lo escogen entre centenares, y luego entre miles, para hacer parte de sus destacamentos especiales. Animal de monte desde la infancia, su heroísmo inconsciente, espontáneo, permite evocar también aquellas acciones heroicas y anónimas que llevan a cabo los guerrilleros españoles contra las tropas de Napoleón, tal como las narra Pérez Galdós, o las relata Unamuno; pero sobre todo evoca la fluida transición, la básica continuidad que éste último descubre entre el cazador furtivo, el contrabandista y el guerrillero. Refiriéndose al célebre “Empecinado”, que tantas derrotas infringió a las tropas napoleónicas, o al “zorro Zumalacárregui”, que tantos dolores de cabeza dio a las tropas legitimistas en las guerras carlistas, lo que quiere subrayar Unamuno es que ciertas características del territorio, ciertas costumbres y formas de adaptación a él, como las que se dan en la España fronteriza y rural, favorecen el surgimiento de esta clase de “guerreros”. Para hacer más tentadoras las analogías el padre adoptivo de “Benigno” que termina de criarlo, es un migrante ilegal vasco que, huyendo de las autoridades cubanas, se establece en lo más escarpado de la Sierra Maestra y pretende enseñarle el vascuence al guajirito.

Su lealtad a las figuras de Camilo Cienfuegos y el Ché se mantiene incólume, pero su desencanto, podría decirse incluso resentimiento visceral, hacia lo que ha llegado a ser el régimen cubano, no pueden ser más rotundos. No es difícil descubrir que el resentimiento campea en muchos de sus juicios. Se muestra implacable con sus antiguos jefes y compañeros, y con el régimen en sí. Quiere ser creído por el lector gracias a la autoridad que le da el haberlo ayudado a construir, el haberlo conocido desde muy dentro y a todo lo largo del proceso, en su ascenso y en su

actual encrucijada. Algunos de sus juicios más amargos los dirige hacia la práctica dolarización de la economía cubana, la paradoja de su larga dependencia de los dólares del turismo y la consiguiente discriminación hacia la parte de la población que no tenía posibilidades de recibir ingresos en dólares. Como militar de alto rango que ya era en los últimos tiempos, se veía postergado en el acceso a ciertos bienes de consumo, a ciertos balnearios, y el sitio en el que estaba le permitía entender mejor la brecha que se está abriendo entre dos sectores de la sociedad cubana. Como cualquier turista colombiano que haya estado recientemente en Cuba lo puede comprobar, muy cubanísimamente, esa paradoja se expresa en un pregón “El Ché, un dólar; El Ché, un dólar”. Pregón que llegó a reemplazar al de los maniceros o yerberos y con el que se ofrecía al turista la moneda cubana que tiene la efigie del Ché –y que es hoy un tanto escasa– por el precio de un dólar. En una medida astuta, incluso inteligente, la dirigencia cubana bloqueó recientemente la circulación del dólar, pero no por ello ha podido modificar la dependencia de divisas extranjeras, para el caso el euro, y la desigualdad en el acceso a bienes y servicios a favor de quienes los tienen.

Pero, aunque tiene el título académico de historiador –adquirido con perseverancia tras superar su incultura, ya bien maduro– el libro no tiene una narrativa histórica fluida, no es fácil de leer. Hay incongruencias que un lector avisado descubre ya en la primera lectura. Por momentos aquellos hábitos de combatiente clandestino, aquellos valores del conspirador revolucionario, y, sobre todo, la larga experiencia en acciones de inteligencia y de contrainteligencia, imponen de seguro silencios y omisiones y fracturas en el relato. Es posible que para ello intervenga una cierta mala conciencia, y un afán exculpatorio, sobre el protagonismo que le cupo. Por muy crítico que quiera ser del régimen, por mucho afán de sinceración que tenga ahora en el relativo confort de su asilo en Francia, nuestro guerrillero-historiador incurre en ciertas incongruencias cronológicas, deja además vacíos en su relato y suscita tantos interrogantes como los que afronta en modo directo.

Y con todos sus silencios e incongruencias tal vez sea un libro que haya de ser leído con suma atención en la Colombia de hoy. Es posible que los Estados mayores de todas las organizaciones armadas lo estén leyendo y estudiando con cuidado. Es posible que también en el Ejército se lo lea con atención. Y no cabe duda que para unos y otros hay tantas enseñanzas sobre la experiencia cubana como claves sobre la situación colombiana de hoy.

No solo por una razón obvia: uno de los papeles importantes que cumple el personaje es la de ser el jefe e instructor de la mayoría de guerrilleros latinoamericanos que pasan por Cuba, sino por el contexto global que delinea, y por la evolución que traza acerca de la guerra irregular. Dentro de los alumnos colombianos que menciona en forma especial está Domingo Laín. Pero, en varios pasajes más hay claras referencias a grupos de guerrilleros colombianos que recibieron formación en las PETI (la sigla de la dependencia especial que tenía a su cargo esa

labor en el organigrama cubano) y a sus características singulares. Al igual de lo que ocurría con ciertos alumnos aventajados gracias a su formación militar previa (el dominicano Francisco Caamaño, por ejemplo) a los colombianos se les podía obviar la enseñanza básica. En su caso, el énfasis deja ver que se ponía en los aspectos más técnicos (armas pesadas, nuevos explosivos, sistemas de comunicación) pues acerca de la orientación en el terreno, de la estrategia y la táctica guerrillera, parecían llegar ya aprendidos. En todo caso respecto de los colombianos, el profesor de la PETI destaca su independencia, cierto sentido de autonomía y de contar con una tradición suficiente en la materia, y con un territorio topográficamente más escarpado y más diverso que el cubano. Respecto de éste grupo nacional y de nuestro país, los silencios y omisiones de “Benigno” son también muy elocuentes.

La oportunidad que quieren explotar los editores que lo publican, primero en Francia, a comienzos de éste año, y luego en España, es la conmemoración de los treinta años de la muerte del Ché Guevara. Y ahora, el descubrimiento y entronización de sus restos. En verdad que la lectura de los capítulos dedicados a Bolivia complementan a la perfección el dramatismo que se cuele tras las escuetas anotaciones de las páginas del diario del Ché.

Con mirada retrospectiva y razonamiento autocrítico, Dariel Alarcón, alias “Benigno”, utiliza toda su experiencia para evaluar los errores cometidos (por desesperación, por falta de comunicación y aislamiento, por mala suerte) y llega a coincidir con aquellos otros especialistas como el francés Gérard Chaliand, acerca de las causas del fracaso insurreccional, y las violaciones de lo que el propio Ché había formulado como “leyes” en su escrito sobre la guerra de guerrillas. Chaliand que como especialista acompañó a Amilcar Cabral en Mozambique, siguió de cerca y entrevistó a Vo Nguyen Giap, en Vietnam del norte durante la guerra con los Estados Unidos, ha estado en Guatemala y en el Salvador, y ha pasado más de una vez por Colombia como conferencista, afirma en su libro *Terrorismes et Guérillas*, refiriéndose al Diario de Bolivia del Ché, que muestra “además de un gran coraje, la quintaesencia de todos los errores estratégicos y políticos posibles”. Pues bien, “Benigno” los narra como vivencias, en secuencia detallada, trasladando al lector al paisaje de Vallegrande con breves y sencillas referencias, transmitiendo el tormento de la sed y el hambre que padecieron, con tanto efectismo que se siente resequedad en el paladar, examinando en fin con toda su sabiduría campesina ya aquilatada y decantada, con todo su escepticismo, y los silencios profundos de quien ha hecho de “la inteligencia operativa” un hábito arraigado, esa experiencia y todas sus proyecciones, que nos llegan tan de cerca.

Es una lectura de la que se derivan enseñanzas provechosas tanto para el magistrado que tiene que juzgar de la aplicabilidad del Derecho Humanitario para el combate irregular, como para todos aquellos que tratan de explicar y aconsejar

Reseñas

acerca del proceso de paz. Pero tal vez los que puedan aprovecharla más sean quienes no hace muchos años arriesgaron juicios predictivos, afirmando que la caída del bloque socialista tendría efectos sobre la perdurabilidad de los núcleos guerrilleros persistentes en América Latina y contribuiría a su rápida desaparición; aquí la guerrilla aparece en su otra faz, en el grado de autonomía que adquiere, el carácter inercial del que se beneficia por el solo hecho de haber persistido.